VALIJA *indiscreta*

LOS MONARQUICOS ESPAÑOLES RESULTAN INGLESES.

Otra vez, a base de infundios y falsedades, se pretende hacer pasar a los republicanos españoles como entusiastas partidarios de la restauración monárquica. ¿A quién divierte ese juego pueril? ¿A quién engañan esas simplezas?

Por lo visto, hay gente en el mundo que no se ha enterado todavía de que si los republicanos españoles son republicanos es porque quieren la República, y no porque desean impacientemente la monarquía. Parece, sin embargo, como si estuviéramos jugando a los despropósitos y que decimos una cosa para que se entienda otra, o que, cuando afirmamos que somos republicanos, lo decimos por equivocación, como si estuviéramos distraídos en ese momento. Ello ocurre porque la interpretación de lo que pensamos y decimos los españoles republicanos suele correr a cargo de unos caballeros extranjeros muy importantes, que parecen razonar de esta manera:

—Si en España nadie quiere la monarquía es porque no hay monárquicos, pero como los españoles son republicanos, el problema de la restauración monárquica resulta sencillísimo: todo consiste en decir que son los republicanos quienes anhelan la monarquía.

Esos caballeros importantes piensan, además, que para restaurar la monarquía en nuestro país no es absolutamente indispensable que haya monárquicos en España; basta con que los haya en Inglaterra. Entre los "factores lógicos" de la restauración señalan, en efecto, el hecho de que Mr. Churchill "confiese abiertamente su simpatía por la forma monárquica de gobierno".

Resulta cierto, desgraciadamente, que mister Churcill es monárquico; pero, hasta donde alcanza nuestra información, lo que se sabe es que mister Churchill es monárquico inglés, que no es lo mismo que ser monárquico español. Si mister Churchill resultase ahora, por añadidura, monárquico español —cosa impropia de un hombre de su talento— ello demostraría, a lo sumo, que, para ser monárquico español, hay que empezar por ser inglés. Pero ni aun así se lograría encontrar a un monárquico español que fuese realmente español.

Nuestro Larra señaló ya la diferencia que hay entre nacer inglés, protestante y rico o nacer español, católico y pobre. Si mister Churchill, en vez de nacer inglés y todo lo demás —lo que explica que sea monárquico inglés— hubiera nacido español, sería, sin duda alguna, republicano español y hasta es probable que fuese también republicano inglés.

Es muy posible, asimismo, que si algunos republicanos españoles hubieran nacido ingleses y les hubiesen dicho: "Os va a gobernar mister Churchill", quizás serían ahora monárquicos ingleses; pero, en cambio, es absolutamente seguro que si a mister Churchill le hubieran dicho cuando iba al colegio: "Te van a gobernar don Antonio Goicoechea y el señor Gil Robles y don Juan March", el clarividente estadista británico se hubiese declarado en el acto republicano español.

El sentimiento monárquico de los ingleses tiene una base respetable, formada por el respeto que a todos ellos inspira la familia real inglesa. Pero ese respeto no obedece a ninguna extravagancia de los ingleses, a quienes les da el naipe por respetar y querer caprichosamente, y sin motivo alguno, a la familia real inglesa, sino al hecho sencillísimo de que ésta es una familia respetable, una familia decente. Por el contrario, si en España no se respeta ni se quiere a la familia real española es porque ésta es una familia absolutamente indesable. Tan lógico es que los ingleses respeten a la familia real inglesa como que los españoles no respetemos a la familia real española. Unos y otros obedecemos a un mismo sentimiento de dignidad personal, que en Inglaterra adquiere forma monárquica, y en España forma republicana. En el fondo, los españoles somos republicanos por los mismos motivos, aunque juguen en sentido inverso, por los cuales los ingleses son monárquicos.

Para adquirir su actual fervor monárquico, los ingleses empezaron por decapitar a un rey, con lo cual los sucesivos reyes ingleses se dieron cuenta de que para ser respetados por el pueblo tenían que empezar ellos por respetarlo. Más tarde, el reinado de Jorge III conoció un poderoso movimiento republicano, que sólo se disipó cuando los ingleses se dieron cuenta de que dicho rey se había vuelto tonto y se hacía indispensable incapacitarlo. Los ingleses pensaron entonces que un rey tonto e incapaz, el cual no puede, por consiguiente, intervenir en nada, constituye el ideal del régimen monárquico constitucional. Los españoles, en cambio, hemos tenido más reyes gramujas que tontos, y soberanas, como Isabel II, la reina castiza, más castiza que las gallinas. Puede decirse que de no haber nacido la familia real española en tan alta situación social, hubiera dado al mundo un número bastante apreciable de quinceneros, chulos baratos y segundas amas de casa de citas.

Y no es que nos alegremos de la desgracia o el deshonor de una familia; pero no vemos justificación para que, en vista de que en esa familia hubo una abuela que retozaba con todos los alabarderos que tenía al alcance, tengamos que soportar a sus degenerados descendientes en el glorioso trono de San Fernando. Lo discreto, cuando en una familia sale una tía coja, digamos coja, es procurar no darle importancia y pasar desapercibidos, en vez de adornarse con cetro, corona y manto de armiño para lanzar la alencia y empeñarse en vivir de una sustanciosa lista civil. Esto lo comprenden perfectamente los ingleses, que tienen un concepto claro del decoro familiar. Cuando a ellos les ha salido un rey ligeramente incorrecto, lo han sacado limpiamente del trono, y en año bien reciente obligaron a abdicar a Eduardo VIII, por el simple hecho de que quería casarse con una señora divorciada. ¿Qué hubiesen hecho entonces con la reina María Luisa, la cual ignoraba quien era el padre de su hijo Fernando VII, aunque estaba segura —léase su carta de Bayona a Napoleón— de que no lo era su esposo Carlos IV, el del Caballito, rey de lidia?

La desgracia parece perseguir, además, a los españoles en esa extraña lotería de la sucesión real. Siempre nos toca el peor de la familia, que ya es en conjunto bastante mala. Muerto Alfonso XIII —y su primogénito— le correspondía la eventual corona al segundo varón legítimo de su descendencia: el príncipe don Jaime, que es sordomudo e incapaz. Siempre fué este príncipe silencioso el candidato real grato a don Miguel Unamuno, quien afirmaba que lo mejor para los españoles era tener un rey tonto y no pillo. Mas Alfonso XIII era, como se sabe, hombre de malas intenciones, y en vez de reservarnos a ese rey incapaz, que acaso hubiera hecho nuestra felicidad, como Jorge III hizo la de los reyes ingleses, cedió sus supuestos derechos al otro hijo sano, a ese don Juan III, a quien de chico llamaban "Chispa" en Madrid, por ser tan granuja como su augusto padre, y que es un pequeño miserable, cual lo demuestran sus ofrecimientos a Franco para luchar contra los españoles.

Todo ello explica que en Inglaterra haya monárquicos ingleses y que en España no haya monárquicos españoles; cosa que podrá parecer mal a los monárquicos ingleses que resultan ser ahora monárquicos españoles, pero que no tiene remedio en tanto la monarquía española haya de ser obra de monárquicos españoles, que faltan en España, y no de monárquicos ingleses, que sobran también en España.

EL VALIJERO

14
6 mayo 44

A.P.C.E.
SIC
1.2e/1060